



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

### ENCUENTRO CON EL CLERO DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA DE SANTIAGO DE CUBA

*Jueves 23 de Abril, 18:00 hrs.*

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Sr. Arzobispo metropolitano, Sres. Obispos diocesanos y sacerdotes de la provincia eclesiástica de Santiago. Me dirijo a ustedes, pastores del pueblo santo de Dios, como pastor (Cf. 1Pe 5, 1) y deseo expresar mi más cordial reconocimiento por la entrega sacerdotal de cada uno de ustedes en esta bella región de la Isla de Cuba, donde ha querido hacerse presente la Reina y Madre de todos. Al encontrarme con ustedes viene a mi memoria el recuerdo cariñoso de los años en que tuve el privilegio de servir al Santo Padre en esta Iglesia local de Cuba.

Transcurre la tercera semana de Pascua que nos conduce al Domingo del Buen Pastor. Quiero compartir con ustedes mi meditación sobre la imagen del pastor utilizada por Jesús para describir su propia misión: *El buen pastor da la vida por sus ovejas* (Jn. 10,11). En esta breve sentencia, Jesús, el Hijo de Dios, único y verdadero Buen Pastor, nos enseña, con su propio ejemplo que quien cuida del rebaño que se le ha confiado, *da la vida por sus ovejas*.

Permanezcamos atentos al ejemplo de Cristo. Se trata del don voluntario de sí mismo: *Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente* (Jn. 10,18). El Señor, a semejanza del pelícano, que alimenta a sus polluelos con su sangre, entregó su cuerpo y derramó su sangre para redimirnos del mal. Así nos ha enseñado que el primer "trabajo" del pastor es la entrega de su vida. El Decreto Conciliar *Presbyterorum Ordinis*, sobre la vida y ministerio de los presbíteros, nos recuerda este orden de cosas: lo primero es la entrega de la vida y desde tal entrega son realizados los múltiples actos del ministerio. Esta actitud profunda se llama *caridad pastoral* y es el alma del ministerio sacerdotal.

Algunos sacerdotes han derramado su sangre en el martirio, pero la mayoría de nosotros realizamos nuestra entrega en el silencio de la vida cotidiana, sin dramatismos.

Hay muchas formas de "dar la vida" en el servicio pastoral. El pueblo de Dios reconoce claramente al sacerdote que se entrega. Es comúnmente un humilde trabajador, no un capataz que manda a trabajar a los demás. Es el hombre entregado a la comunidad cristiana que busca la manera de ponerse al servicio y evita ponerse en

el centro. Es el animador de la vida espiritual de la comunidad, no un burócrata que quiera colocarse por encima de ella.

El sacerdote es sobre todo un hombre de Dios, no del mundo; sacrificado, no acomodado. Un pastor de Cristo se parece más a un diligente padre de familia que a un funcionario. Es un vivo reflejo de Cristo Siervo, que anhela ponerse al servicio. Esto es lo que vivió Jesús, el buen pastor. Existen entre ustedes santos testimonios de vida sacerdotal. Pienso, en primer lugar, en el Venerable Padre Félix Varela. Pienso también en los obispos Enrique Pérez Serantes y Pedro Claro Meurice Estiú. Y en tantos pastores que han vivido su vocación con virtudes ejemplares.

Esto es lo que el Santo Padre Francisco enseña continuamente a los sacerdotes, primero con su estilo de vida y luego con sus palabras. Sus acciones y sus palabras van edificando una escuela de discípulos de Jesús, un proyecto de pastoreo que se parece más al jueves santo del lavatorio servicial y de la Eucaristía amorosa, que al Domingo de Ramos con los gritos y estridencias que terminarían en el Calvario. Aquellas gentes sin rumbo, se adaptaban a las conveniencias de cada momento. Así sucede cuando nos acomodamos a los modos de vida de este mundo.

Por eso en su última plegaria, Jesús pidió fervientemente a su Padre: *No te pido que los saques del mundo sino que los preserves del mal* (Jn. 17,15).

La Virgen María acompaña siempre la vida y ministerio de los sacerdotes. Ella se entregó voluntariamente diciendo «sí» a un proyecto que superaba sus fuerzas (Cf. Lc 1, 38), permaneció firme al pie de la Cruz (Cf. Jn 19, 26) y se puso al servicio de la comunidad de los apóstoles (Cf. Hech 1, 14). Hoy entre nosotros, en su advocación de la Caridad del Cobre, María es signo y estímulo de nuestra caridad pastoral y del servicio que prestamos como sacerdotes al Pueblo santo de Dios.

Queridos pastores del Pueblo de Dios. El Santo Padre nos invitaba en la Misa Crismal del Jueves Santo a afrontar nuestro cansancio pastoral y nos retaba a aprender a descansar, no *coqueteando con la mundanidad espiritual*, sino dejándonos mirar por el Señor que está dispuesto a limpiar nuestras heridas y a darnos un espacio de consuelo y de paz espiritual. Sostenidos por su amor, podremos *ir «hasta los confines del mundo, a todas las periferias», a llevar esta buena noticia a los más abandonados* (Homilía de la Misa Crismal, 2 de abril de 2015).

Frecuentemente pedimos al Señor que nos envíe santos sacerdotes. Pedimos que él nos santifique con su acción misericordiosa, con la santidad que viene de él, no con la pobre construcción humana que depende de nuestras fuerzas. Acudamos a él con toda humildad, pues él nos dará todo lo necesario para el servicio apostólico. Deseo terminar con las hermosas palabras de san Pablo: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre cariñoso que es Dios de todo consuelo. Él nos alienta en nuestras dificultades, para que podamos nosotros alentar a los demás en cualquier dificultad con el consuelo que recibimos de Dios.*

## HOMILÍA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE CUBA

*Jueves 23 de Abril de 2015, h. 20:00*

Excmo. Mons. Dionisio García Ibáñez, arzobispo primado de Santiago de Cuba,  
Excmos. Sres. Obispos de esta provincia eclesiástica,  
Estimados sacerdotes y seminaristas,  
Queridas religiosas y religiosos,  
Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría y esperanza regreso a esta tierra de María. Desde su casa de El Cobre, la Reina de los Apóstoles nos invita a ser discípulos misioneros de su Hijo Jesús. Agradezco a Dios esta nueva oportunidad de acercarme al pueblo cubano y santiaguero, para proclamar entre ustedes la alegría del Señor Resucitado, especialmente en este gozoso y comprometedor tiempo pascual.

Agradezco igualmente a mi hermano en el episcopado, el arzobispo Dionisio García, primado de Cuba y actual presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, su acogida en esta Iglesia hospitalaria y mariana.

No puedo en esta hora dejar de recordar a un hermano en el episcopado que fue pastor sabio y valiente, entregado a su pueblo como pan partido y compartido, cuyo testimonio de vida y virtudes nadie puede olvidar. Me refiero al admirado arzobispo primado Pedro Claro Meurice Estiú.

Un saludo muy cordial a los queridos sacerdotes, a los que traigo una especial bendición y saludo del Santo Padre, desde mi nueva responsabilidad como prefecto de la Congregación para el Clero, servicio que desea acompañar especialmente a todos los que se han consagrados como ministros ordenados de Cristo y pastores de su Iglesia.

### **1. "Ponte en camino, dijo el ángel del Señor a Felipe" (He 8,26)**

La primera lectura, que hemos escuchado hoy, nos invita a contemplar una escena preciosa, que tiene como protagonista a Felipe. El Papa Francisco ha explicado que este pasaje de los Hechos de los Apóstoles presenta, de modo claro, los tres momentos de la evangelización.

El **primer momento** es la vocación misionera: "Ponte en camino, dijo el ángel del Señor a Felipe" (He 8,26). En la oración y en la vida cotidiana, todos los cristianos, pastores, consagrados y laicos, podemos escuchar la voz de Dios, una voz que nos invita a ponernos en camino, a ser una "Iglesia en salida". "Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos

invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

El Santo Padre nos anima continuamente a tomar la iniciativa, achicar distancias, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos (cf. EG 24), a correr el riesgo de mancharse con el barro del camino (cf. EG 45).

En el corazón de toda persona late el deseo de ser feliz, de sentirse amado plenamente, un deseo que sólo Dios puede satisfacer. Muchos hombres y mujeres están buscando a Dios, pero no saben encontrarlo y se preguntan, como el eunuco:

## 2. "Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía" (He 8,31)

Felipe, al escuchar que ese hombre leía al profeta Isaías, le preguntó: “¿entiendes lo que estás leyendo?”; se montó en el transporte, no le pidió que cerrara lo que leía, supo “perder el tiempo” con él, dialogó con paciencia y, acogiendo su camino de búsqueda, partiendo del profeta Isaías, le anunció a Cristo, muerto y resucitado.

El diálogo, nos enseña el Santo Padre, es el **segundo momento** de la evangelización. El auténtico evangelizador no impone sus ideas o doctrinas. “La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos” (LF 34).

La misión de toda la Iglesia, especialmente los sacerdotes, las religiosas, los catequistas y los líderes laicos en el mundo, consiste en ser guías, no jueces; compañeros de camino, no policías de carretera; facilitadores del diálogo y el entendimiento, no barreras de incomunicación; profetas de esperanza, no de calamidades; trabajadores comprometidos, no criticones ociosos; no predicadores de nosotros mismos, sino testigos alegres de Jesucristo.

Volvemos al diálogo entre Felipe y el ministro. Felipe le anunció a Cristo con tal claridad, diligencia y fervor, que el eunuco le pidió el bautismo:

## 3. “¿Qué dificultad hay en que me bautice?” (He 8,36)

Hemos llegado al punto culminante, al **tercer momento** de la evangelización. Después de la llamada misionera y del diálogo, acontece el encuentro con Dios, que nos ofrece continuamente el regalo de su amistad y el pan de su Amor: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el

pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo", dice Jesús en el Evangelio (Jn 6,51).

El encuentro con Dios, verdadero protagonista de la evangelización, llenó de alegría el corazón del eunuco. El encuentro Dios es lo más importante de la vida de un cristiano. El Papa emérito Benedicto XVI nos enseñó: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (*DCE 1*).

Y nuestro querido Santo Padre Francisco no se cansa de animar "a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor" (*EG 3*).

He aquí nuestro itinerario de cada día: salir a los caminos para caminar con los hermanos con quienes nos cruzamos, para dar razones ciertas de la esperanza que nace del encuentro con Cristo resucitado, una esperanza que no es sólo una promesa para el futuro, sino un manantial de "vida y vida en abundancia" (Jn 10,10) en el presente.

Queridos hermanos sacerdotes, religiosas y religiosos, queridos fieles laicos, debemos preguntarnos cada uno de nosotros, con sinceridad: ¿salimos por los caminos al encuentro con las personas o nos sentamos a esperar que lleguen a nuestros templos y oficinas? ¿somos artesanos del diálogo o maestros impacientes? ¿facilitamos o dificultamos a la gente el encuentro con Dios, sobre todo con nuestro ejemplo?

Que la Virgen, Madre de la Caridad, a cuya basílica he peregrinado hoy, venga con nosotros a caminar e interceda por todos los católicos de Cuba, a fin de que seamos, como ella, humildes discípulos y alegres misioneros. Amén.

## FORMACIÓN SACERDOTAL Y DEVOCIÓN MARIANA

Seminario de Santiago de Cuba  
Viernes 24 de Abril de 2015, 8:30 hrs.

*Toda la formación de los candidatos al sacerdocio está orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor (Juan Pablo II, Exh. Apost. Pastores Dabo Vobis, 57). Este postulado, que desarrolla aquél del Concilio Vaticano II: La preocupación pastoral que debe informar enteramente la educación de los alumnos (O. T. 19), nos recuerda una verdad central para la formación sacerdotal: el ministerio sacerdotal, antes que ser administrativo u organizativo, es una cuestión de amor. Brota de la misericordia de Dios y se expresa a través de la caridad pastoral. Estos dos aspectos se reflejan en el prefacio de las ordenaciones sacerdotales, cuando indica que los ministros del altar han sido elegidos por el Señor con especial predilección y que están llamados a dar al Señor un constante testimonio de fidelidad y de amor con toda su vida y ministerio.*

Estamos hablando del núcleo de la espiritualidad sacerdotal. *El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la caridad pastoral, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero... El contenido esencial de la caridad pastoral es la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen<sup>1</sup>. Cuando se dice que la caridad pastoral es la esencia y el alma del ministerio sacerdotal se está afirmando que es algo que no debe faltar, algo que se debe formar continuamente a través de los años del seminario y durante toda la formación permanente.*

La caridad pastoral anima todos los aspectos de la vida de los presbíteros. La pobreza sacerdotal, el celibato sacerdotal y la obediencia al Obispo son expresiones del amor espiritual y de la unción del Espíritu Santo.

De esta manera en la vida de un sacerdote no hay nada superfluo que pueda permanecer desconectado del carisma sacerdotal. Consecuentemente la caridad pastoral es el principio que unifica la vida y el ministerio sacerdotales.

Como ustedes saben, el Papa Francisco ha convocado el Jubileo de la Misericordia. Lo comunicó con estas palabras: *He reflexionado frecuentemente sobre cómo la Iglesia puede hacer más evidente su misión de dar testimonio de la misericordia. Se trata de un camino que inicia con la conversión espiritual; todos debemos hacer este camino. Por ello he decidido convocar un Jubileo extraordinario que tenga en el centro la misericordia de Dios. Será un año santo de la misericordia. Lo queremos*

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Exh. Apost. Pastores Dabo Vobis, 23.

*vivir a la luz de la palabra del Señor: Sean misericordiosos como el Padre* (Cf. Lc 6, 36). *¡Y esto especialmente para los confesores! ¡Necesitan tanta misericordia!*<sup>2</sup> El Papa Francisco se refiere continuamente a la misericordia porque encuentra en ella la revelación del corazón del Padre y el centro de la misión evangelizadora de la Iglesia. Cuando dice que la misericordia es especialmente importante para los confesores, se está refiriendo a la caridad pastoral, que adquiere esta forma misericordiosa especialmente cuando el sacerdote se encuentra con el mal, el pecado y la muerte. Durante este jubileo es conveniente que todos, también los seminaristas y sacerdotes, pongamos en el centro de nuestra misión evangelizadora la misericordia.

Efectivamente, nuestra vocación sacerdotal brota continuamente, como de un manantial, del corazón misericordioso de Jesús; y la única misión que compartimos en el presbiterio nos constituye como testigos de la misericordia y de la fidelidad del Señor a través de la caridad pastoral. Aquí surge la fidelidad responsable de cada uno. Tenemos el deber de unirnos con Dios a través de un asiduo hábito de oración. La oración cotidiana y profunda del sacerdote, expresión amorosa de quien se sabe amado, es la primera expresión de la caridad pastoral porque lo conecta con el Señor, fuente y origen de su vocación. Al mismo tiempo tenemos el deber de mirar con ojos de misericordia a los hermanos en el presbiterio, con ellos compartimos una misma vocación y una común misión. Hemos de mirar con misericordia al pueblo de Dios, ésta actitud es reflejo del amor fiel de Dios a su pueblo.

Quiero invitar a cada seminarista y a cada formador a abrirse a la misericordia del Señor y a impregnar de caridad pastoral la propia vida de oración, las relaciones fraternas entre ustedes y el servicio al pueblo de Dios.

La Virgen María es Madre de misericordia y ejemplo de caridad pastoral. Me complace contemplar la vida y misión de la Santísima Virgen. Ella fue la primera discípula de Jesús porque ha cumplido la voluntad del Padre (Mc 3, 35). Se puso en camino presurosa para servir a su prima Isabel (Cf. Lc 1, 39). Con singular y materna solicitud intercedió ante Jesús en las bodas de Caná (Jn 2, 3-4) a favor de aquél pueblo necesitado del vino de la salvación. Los sacerdotes aprendemos de María la preciosa lección de la prontitud en el servicio caritativo y de una fina sensibilidad pastoral. La Virgen María nos da la sublime lección del perdón misericordioso al pie de la Cruz, participando de la compasión con que Jesús ruega por sus enemigos y recibiendo en su corazón inmaculado a los discípulos (Jn 19, 27). Ella ha sido modelo y referencia espiritual para la primera comunidad cristiana, quienes *se dedicaban a la oración en común junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús* (Hech 1, 14).

Los santos sacerdotes siempre han insistido en la importancia de la devoción mariana en la vida presbiteral. Ella resplandece como signo del amor de Dios, especialmente en la advocación de la Caridad del Cobre. La presencia de María toca los profundos dinamismos de nuestra vocación y misión. Cuando en el horizonte espiritual de un sacerdote surge con fuerza la imagen de María, ella se convierte en

---

<sup>2</sup> Francisco, Homilía en la celebración penitencial de la Cuaresma (13 de marzo de 2015).

una garantía de solidez espiritual y en una motivación para la entrega ministerial. Ella nos une a los hermanos en el presbiterio y a todo el pueblo santo de Dios.



**ACUÉRDENSE DE AQUELLOS DIRIGENTES SUYOS**  
*Encuentro con el Clero de la Arquidiócesis de Camagüey*  
*Viernes 24 de Abril, 18:00 hrs.*

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Sr. Arzobispo y sacerdotes de la Arquidiócesis de Camagüey. Al encontrarme con ustedes me viene a la memoria aquel texto de la Carta a los Hebreos: *Acuérdense de aquellos dirigentes suyos que les expusieron la Palabra de Dios y, teniendo presente cómo acabaron su vida, imiten su fe* (Heb 13, 7). Me refiero al primer Arzobispo de Camagüey, el Siervo de Dios Adolfo Rodríguez Herrera, nacido en Ciudad Minas en 1924 y fallecido en 2003. Fue un pastor entregado al servicio del Pueblo santo de Dios hasta el momento de su muerte, la cual sucedió después de auxiliar a un enfermo.

Para Mons. Rodríguez Herrera, las dificultades en la evangelización y la carencia de sacerdotes no fueron un impedimento, sino que representaron una oportunidad para entregarse ministerialmente hasta el final. Este Arzobispo ejemplar se convierte para todos nosotros en un modelo de santidad sacerdotal: *Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, igual que mi Padre me conoce y yo conozco al Padre* (Jn 10, 14). Es interesante observar en este texto que el Señor no es autorreferencial. Él se presenta como modelo para los pastores, pero a su vez, su vida entregada es un reflejo de aquello que ocurre en el corazón del Padre. Consecuentemente invita a sus discípulos a *ser perfectos como su Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). El paralelismo entre el conocer a las ovejas y el ser conocido por el Padre dibuja un equilibrio pastoral necesario para nuestra vida sacerdotal: conocer y ser conocidos; amar y ser amados; fundarnos en el amor recibido para poder entregarnos en el ministerio sacerdotal.

El Siervo de Dios murió apenas realizado un acto típico del ministerio sacerdotal: el servicio a un enfermo. Una de las más hermosas parábolas del evangelio expresa esta actitud sacerdotal: *Va en busca de la oveja perdida hasta que la encuentra* (Lc 15, 4).

Observen cómo el Buen Pastor experimenta el sentimiento por la oveja perdida y cómo no cesa en su búsqueda hasta que la encuentra. Estas acciones del pastor no son una mera actividad, más bien remiten al corazón del pastor. Ahora bien, Jesús pronunció esta parábola explicando el porqué de su proximidad a los pecadores y los enfermos. La razón última de su actuar es la misericordia de Dios: *Les digo que lo mismo pasa en el cielo: Hay más alegría por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan enmendarse* (Lc 15, 7). Jesús muestra con su actuar aquello que ha contemplado en el corazón del Padre. De la misma manera nosotros actuamos en el ministerio sacerdotal a partir de la contemplación del misterio de Cristo, revelador del corazón del Padre.

Quiero invitar a cada uno de ustedes a no rendirse ante las dificultades que puedan presentarse en su ministerio sacerdotal en la hora presente, antes al contrario, a cobrar nuevas fuerzas para salir a las periferias a evangelizar, como insiste el Papa Francisco. Hace unas semanas estaba yo presente en la Santa Misa Crismal en la Basílica de San Pedro. En su preciosa homilía el Papa Francisco hablaba a los presbíteros del cansancio ministerial y de la virtud de saber descansar. Cuando confiamos a Dios, a los hermanos en el presbiterio y al pueblo de Dios nuestro cansancio, se renuevan nuestras fuerzas y nos disponemos mejor para el servicio.

La Virgen María es un modelo precioso de este descansar en la comunidad. Después de la muerte del Hijo y de la traición de los discípulos, la Santísima Virgen habrá experimentado el dolor y el cansancio. Tenía razones de sobra para retirarse a vivir en paz. Sin embargo decide unirse a la comunidad discipular y caminar con ellos, convirtiéndose en un punto de referencia para la oración y el servicio de la primitiva comunidad cristiana (Hech 1, 14).

Yo, pastor como ustedes, me dirijo a los pastores y les pido que renueven sus fuerzas en el Señor. Cuando nos abrimos a su consolación, Él nos sostiene con su amor de un modo no imaginado, unifica nuestra vida por dentro y nos inspira los mejores proyectos pastorales. Que el Señor Jesús y su Madre misericordiosa nos ayuden a todos a mantenernos fieles en el servicio al Pueblo santo de Dios.

## HOMILÍA EN LA CATEDRAL DE CAMAGÜEY

*Viernes 24 de Abril de 2015, h. 20:30*

Excmo. Mons. Juan García, arzobispo de Camagüey:  
Excmos. Sres. Obispos de esta provincia eclesiástica:  
Estimados sacerdotes y seminaristas:  
Queridas religiosas y religiosos:  
Queridos hermanos y hermanas:

Agradezco vivamente la oportunidad que me ha dado el Sr. Arzobispo de Camagüey, Mons. Juan García, de celebrar con ustedes esta Eucaristía, encontrarme con el clero de esta provincia eclesiástica y con los pre-seminaristas que están en formación, haciendo discernimiento de su vocación.

No puedo dejar de traer a nuestra memoria al buen pastor que durante muchos años guió con sabiduría y constancia esta su amada Iglesia, quien fuera el primer arzobispo de esta sede metropolitana, el querido Mons. Adolfo Rodríguez Herrera.

Traigo un saludo paternal y fraternal del Santo Padre Francisco, quien me ha encomendado el servicio de Prefecto de la Congregación para el Clero, por eso la bendición pontificia llega de manera especial a los sacerdotes, diáconos y seminaristas de esta región del Camagüey.

En esta noche, dejándonos guiar por la Palabra de Dios que acaba de ser proclamada, quisiera que nos detuviéramos en tres palabras: *encuentro, conversión y comunión*.

### **Encuentro**

Escuchamos en la primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, que Jesús sale al encuentro de Pablo cuando va de Jerusalén a Damasco. Quien ha tomado la iniciativa de este encuentro no fue Pablo sino Jesús. Podemos recordar otros textos de la Sagrada Escritura, donde Jesús sale al encuentro de las personas, por ejemplo, cuando sale al encuentro de los discípulos de Emaús y se pone a explicarles las Escrituras mientras van de camino; o cuando se encuentra con Zaqueo y se hace invitar por él a una cena, o cuando se encuentra con Mateo y lo llama a que lo siga.

Hoy también Jesús sale a nuestro encuentro. Esta Eucaristía que estamos celebrando podría constituirse (depende también de nuestra disposición) en un encuentro con Jesús. Esta Palabra que ha sido proclamada es un modo empleado por

Jesús para salirnos al encuentro. El pan y el vino que ahora consagraremos serán el Cuerpo y la Sangre de Jesús, a través de los cuales se acerca una vez más a nosotros. Por eso nos decía en el Evangelio, *“mi carne es verdadera bebida y mi sangre es verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y Yo en él”*.

Jesús quiere encontrarse con nosotros porque nos ama, hasta el punto que dio su vida por cada uno de nosotros. Cuando vino y tomó nuestra naturaleza humana, lo hizo para salir al encuentro de cada hombre y de cada mujer. Así como en otro tiempo Jesús salió al encuentro de pecadores, publicanos, leprosos, etc., hoy también, sale al encuentro del pecador para convertirlo, del abandonado para acompañarlo, del hambriento para saciarlo, del enfermo para curarlo, del triste para consolarlo, del desorientado para guiarlo, en fin, del ser humano para acércalo a Dios.

Hoy Jesús también sale al encuentro del querido pueblo cubano para acompañarlo y sostenerlo en las luchas de cada día. Dejémosnos encontrar por Jesús. Permitamos que nos salga al encuentro, nos salude, nos tienda su mano, nos hable, nos perdone, nos consuele, nos indique el camino que debemos seguir, en definitiva, permitamos que nos ame. Dejémosnos amar por Él. No seamos soberbios y dejémosnos abrazar por Dios. Pienso que a todos los que estamos aquí reunidos, celebrando esta Eucaristía, nos caería bien recibir un abrazo de Jesús. Querido pueblo cubano, no están solos, Dios los acompaña, Dios los ama y les ha enviado a su Hijo para salvarlos. *“Tanto ha amado Dios al mundo que ha enviado a su único Hijo para que todo el que crea en Él no se condene sino que sea salvado”* (Jn, 3, 16).

## **Conversión**

Cuando uno se encuentra con Jesús la vida le cambia. Eso le ocurrió a Pablo, quien luego de encontrarse con Jesús en la vía de Damasco, de perseguidor de Jesús y de los cristianos, se convirtió en un predicador y defensor de Jesús y de sus discípulos. Zaqueo, luego del encuentro con Jesús, de ladrón y estafador, se convirtió en un hombre generoso que compartió sus bienes con quienes había estafado y con los pobres. Imposible encontrarse con Jesús y seguir en las mismas.

Muchos santos en la historia de la Iglesia nos han dado ejemplo de conversión y santidad gracias al encuentro con Jesús. Un joven que se encuentra con Jesús es un joven diferente, es más auténtico, feliz, que lucha cada día por ser mejor.

Una familia que se ha encontrado con Jesús se constituye en un hogar donde valores como el diálogo, la comprensión, la armonía, el perdón, la fidelidad, el amor, la entrega, se viven a menudo. Un religioso, un sacerdote, o una religiosa que ha tenido un encuentro personal con Jesús es una persona que vive su vocación con alegría, entrega, no buscando autogratificaciones sino buscando la construcción del Reino de Dios a través del buen testimonio.

Un corazón tocado por el amor de Jesús es un corazón convertido, un corazón más santo. Cada día necesitamos convertirnos, ser mejores, luego permitamos que cada día Jesús nos salga al encuentro, nos tome de la mano y camine a nuestro lado para que así podamos dar frutos de conversión, santidad y buenas obras.

## **Comunión**

Un corazón convertido porque se ha encontrado con Jesús no se puede quedar ensimismado, viviendo una espiritualidad de modo individualista e intimista, sino que es impulsado a compartir esta experiencia cristiana con sus hermanos, a salir de sí e ir a buscar a otros para que también tengan la oportunidad de encontrarse con Jesús. Por ejemplo, el apóstol Felipe cuando se encontró con Jesús, inmediatamente fue a buscar a Natanael para contárselo y que él también pudiera gozar de lo hermoso que era estar con Jesús (Cfr. Jn 1,45). O Pablo, quien luego de quedarse unos días en Damasco, salió a predicar, afirmando que Jesús es el Hijo de Dios. O Pedro, y los demás Apóstoles, quienes salieron de Jerusalén y comunicaban a sus hermanos lo que habían visto y oído estando con Jesús. Nosotros también estamos invitados a salir de sí mismos para ir a comunicar y compartir con nuestros hermanos lo que Jesús va haciendo en nuestras vidas.

Eso es comunión. Recibir la “Comunión”, el “Pan de Vida”, nos compromete a salir e ir a anunciar a otros lo que Jesús ha hecho con nosotros. Recordemos la invitación que se nos hacía a través del salmo proclamado hace un momento: *“id al mundo entero y proclamad el Evangelio”*. Afuera hay otros que también necesitan encontrarse con Jesús, necesitan oír sus palabras, sentir su mirada, experimentar su trato cercano. Como a Pablo, a quien Jesús eligió para ser su instrumento y diera a conocer su nombre, nosotros también estamos llamados a ser el medio o el instrumento a través del cual Jesús quiere valerse para encontrar y amar a otros.

Todo hombre y toda mujer tienen el derecho de gozar del encuentro con Jesús. Esa es la alegría del Evangelio a la cual el Papa Francisco nos exhorta. Un cristiano tocado por el amor de Jesús difícilmente se queda mudo y pasivo, al contrario, sale a contagiar a otros de la alegría de ser amigo y discípulo de Jesús.

Jesús no quiere excluir a ninguno de este gozo de ser su discípulo, aunque a veces nos parezca que tal o cual persona no puede ser discípulo del Señor, como le pasó a Ananías, quien decía *“pero si ese individuo nos ha hecho mucho daño”*; nosotros también podríamos pensar lo mismo de tantos hermanos nuestros que viven alejados de la fe y del amor en Jesucristo. A ellos hoy Jesús nos pide que vayamos a buscarlos y a proclamarles que su amor y su misericordia no tienen límites.

Eso es comunión, es ir a compartir con otros lo que Jesús ha hecho con nosotros. Los invito a un compromiso concreto, como fruto de esta celebración: compartir con alguno (familiar, vecino, amigo, colega), algún momento de la vida en el cual ha sentido la presencia cercana de Jesús que le ha salido al encuentro y lo ha tratado con amor y misericordia.

Que la Madre de todos los cubanos, la Virgen de la Caridad, a cuyo Santuario, en El Cobre, he tenido la dicha de peregrinar, interceda para que nos dejemos encontrar por su Hijo, respondamos positivamente a este encuentro con nuestra conversión y compartamos con otros la alegría y el gozo de ser discípulos de su amado Hijo.

**PALABRAS DEL EMMO. SR. CARDENAL BENIAMINO STELLA EN SU  
ENCUENTRO CON LOS DIÁCONOS DE CAMAGÜEY.  
SÁBADO, 25 DE ABRIL DE 2015**

Querido Mons. Arzobispo:  
Queridos diáconos:

Vengo de rezar y compartir con los seminaristas de esta arquidiócesis que están en el Seminario menor. Ningún seminario es menor y ningún servicio o ministerio en la Iglesia es menor. Mucho menos el diaconado que muy pronto, como leemos en los Hechos de los apóstoles, respondió a una necesidad de la creciente comunidad cristiana.

Traigo en saludo y la bendición del Papa Francisco que me ha encargado ponerme al servicio de sacerdotes y diáconos desde la Congregación para el Clero de la Santa Sede. Por eso reciban también mi afecto y cercanía en el Señor.

Además de la bendición del Papa, he querido proponer al estudio, la meditación y la aplicación de su Exhortación *Evangelii Gaudium* en esta bendita nación cubana. Es por eso que en todas partes de mi peregrinación a lo largo de esta Isla iré desgranando, paso a paso, esta actualísima enseñanza del Obispo de Roma, que nos preside a todos en la Caridad.

**1. El primer servicio de la caridad es vivir el gusto espiritual de ser pueblo**

Precisamente esta es la palabra, la actitud y la esencia del servicio diaconal en la Iglesia: la caridad. Y la primera condición para ser ministros de la caridad es conocer las necesidades del pueblo, aún más, estar dentro del pueblo, todavía más, es vivir el gusto espiritual de ser pueblo. Así nos lo exhorta el Papa Francisco en la mencionada Exhortación:

*"La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo: «Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 Pe 2,10). Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del*

*pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia." (E.G. 268.)*

Esto no solo sirve para los diáconos, sirve también para los sacerdotes y obispos, para los consagrados y para todo el pueblo fiel. Los laicos y laicas que acompañan a los diáconos, ya sea en su matrimonio o en su familia, deberían ser como antenas para captar las necesidades de su pueblo, como radares para captar el clamor de los que sufren en el alma o en el cuerpo. Me dirijo especialmente a las esposas de los diáconos permanentes: Sea la ampliación de sus ojos para que vean dónde están los que más sufren, agucen la capacidad de sus oídos para que aprendan siempre que no se puede servir sin antes escuchar a los más vulnerables de esta sociedad, sean en fin la clave que marque la nota más aguda de la sensibilidad de su esposo diácono. Él, además de la vocación universal de todos los fieles, ha recibido el ministerio ordenado del servidor. Es la vocación de mayor sensibilidad hacia los que sufren y deberían ser los que identificando ese dolor del alma o del cuerpo, lo remitan a toda la comunidad y especialmente al corazón y las obras de misericordia del Obispo.

## **2. "El dolor convoca al amor"**

No puedo dejar de recordar estas conmovedoras palabras de San Juan Pablo II en el Rincón, aquella tarde del mes de enero, en su inolvidable visita a Cuba en 1998, y en cuya preparación tuve el honor y el gozo de servir desde la Nunciatura. Decía el Papa misionero junto a los enfermos del cuerpo:

*"El sufrimiento no es sólo de carácter físico, como puede ser la enfermedad. Existe también el sufrimiento del alma, como el que padecen los segregados, los perseguidos, los encarcelados por diversos delitos o por razones de conciencia, por ideas pacíficas aunque discordantes. Estos últimos sufren un aislamiento y una pena por la que su conciencia no los condena, mientras desean incorporarse a la vida activa en espacios donde puedan expresar y proponer sus opiniones con respeto y tolerancia. Aliento a promover esfuerzos en vista de la reinserción social de la población penitenciaria. Esto es un gesto de alta humanidad y es una semilla de reconciliación, que honra a la autoridad que la promueve y fortalece también la convivencia pacífica en el País." (San Juan Pablo II, Santuario de El Rincón, 24 enero de 1998)*

Hoy que se están dando nuevos pasos históricos hacia una convivencia pacífica entre todos los cubanos y con el vecino del Norte, estas proféticas palabras cobran una peculiar significación. Todo el pueblo de Dios, pastores y fieles, pero especialmente los diáconos deben dedicar una buena parte de su misión y de su tiempo a estas dos pastorales tan propias del servicio de la Iglesia al mundo del dolor: la pastoral de la salud y la pastoral penitenciaria. Me permito volver a citar al santo Pontífice:



*"Cuando sufre una persona en su alma, o cuando sufre el alma de una nación, ese dolor debe convocar a la solidaridad, a la justicia, a la construcción de la civilización de la verdad y del amor. Un signo elocuente de esa voluntad de amor ante el dolor y la muerte, ante la cárcel o la soledad, ante las divisiones familiares forzadas o la emigración que separa a las familias, debe ser que cada organismo social, cada institución pública, así como todas las personas que tienen responsabilidades en este campo de la salud, de la atención a los necesitados y de la reeducación de los presos, respete y haga respetar los derechos de los enfermos, los marginados, los detenidos y sus familiares, en definitiva, los derechos de todo hombre que sufre. En este sentido, la Pastoral sanitaria y la penitenciaria deben encontrar los espacios necesarios para realizar su misión al servicio de los enfermos, de los presos y de sus familias... La indiferencia ante el sufrimiento humano, la pasividad ante las causas que provocan las penas de este mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de los pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren." (San Juan Pablo II, Santuario de El Rincón, enero de 1998)*

Faltas graves de omisión, "*Caritas Christi urget nos*", la más grave omisión es dejar de vivir la urgencia de la caridad, porque el dolor llama al amor. En algunos lugares, se ha ido perdiendo la auténtica vocación y misión de los diáconos que se ha visto no pocas veces reducida a servir, en el seno la misma comunidad cristiana, en los oficios litúrgicos. Otra vez la tentación de reducir la triple misión de Jesús al culto desencarnado. Los diáconos permanentes tienen también que "salir". El culto sin caridad y sin profetismo es alienante y no es cristiano. El mundo es el lugar de la Iglesia no la sacristía, los diáconos deben también responder en Cuba a esta invitación audaz y urgente del Papa Francisco:

*"Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo. ..Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad." (E.G. 269)*

Queridos diáconos: Fijémonos que el Papa nos dice que "comprometernos en la construcción de un mundo nuevo, codo con codo con los demás..."nos otorga identidad". No se trata de una tarea, ni de una pastoral, ni de una opción individual. Se trata de la identidad de todo cristiano, aún más, de la identidad, la vocación y la misión de los diáconos.

### **3. "Tocar las llagas de Cristo"**

Hagamos un discernimiento de nuestra vida y nuestra misión. ¿Vivimos y trabajamos en una Iglesia aséptica o nos embarramos con los que sangran en el cuerpo o en el alma? ¿Identificamos a Cristo llagado solamente en los que sufren enfermedad o discapacidad físicas o estamos también atentos a los que se pudren por dentro, sangran en el alma y se sienten solos, discriminados, perseguidos o confundidos ante tanta incertidumbre existencial?

La Iglesia debe "ir más allá" de esa labor asistencial, siempre necesaria y puntual, para "salir" a tocar las "otras llagas" de este pueblo. Otra forma de acomodarse es identificar la labor de Cáritas, o de los diáconos, solo con los programas para los ancianos, los discapacitados, los sin techo o los que necesitan alimentos para el cuerpo. Todo esto es muy importante y es la forma concreta de vivir las obras de misericordia corporales, pero junto a ellas no podemos dejar de practicar cotidianamente las obras de misericordia espirituales, tan olvidadas y tan urgentes en todas partes. Los diáconos deben poner su esfuerzo también en estas obras de misericordia espiritual. Esas son llagas invisibles pero más profundas y más difíciles de sanar. El Papa Francisco nos invita a no encerrarnos en nuestros cobertizos eclesiales:

*"A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo...Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. Ésta no es la opinión de un Papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. Vivámoslas «sine glossa», sin comentarios. De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo." (E.G. 270)*

#### **4. "Marcados a fuego para iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar"**

Deseo terminar compartiendo con ustedes mi experiencia personal y sobre todo, la del Santo Padre que nos da testimonio de que sentirnos parte inseparable, encarnada y comprometida del pueblo al que debemos servir, es y debe ser, la mayor fuente de auténtica felicidad. Un clero triste o amargado por enconos internos, es la peor herida que podemos infligir a nuestra Madre la Iglesia. El Papa Francisco usa palabras muy

fuertes como suicidio, adorno y escapismo, prestemos atención a su mensaje y hagamos de él un programa de vida:

*"Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio...La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo." (E.G. 270-273)*

¿Estamos marcados por el fuego de la caridad o nos hemos convertido en grises cenizas de funcionarios eclesiásticos o meros auxiliares del culto? Si un ministro del corazón y la ternura de Cristo deja de ser pueblo, de vivir con el pueblo, de sanar, liberar e iluminar a ese pueblo, se apaga la creatividad, desfallece la esperanza y se enfría el amor.

Pidamos a la Virgen de la Caridad y al beato Olallo Valdés, que es insigne y heroico ejemplo de servicio de la caridad, que nos animen a encontrar la felicidad en servir a Cristo, Buen Pastor, a todos sin distinción.

Muchas gracias.

**HOMILÍA EN LA CATEDRAL DE SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA**  
**Domingo, 26 de Abril del 2015, h. 10:30**

*Su Eminencia Señor Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana,  
Queridos Obispos de las diócesis de esta provincia eclesiástica,  
Excelentísimos Obispos Auxiliares Monseñor Alfredo y Monseñor Juan de Dios  
Queridos sacerdotes, Miembros de la Vida Consagrada y seminaristas  
Queridos hermanos y hermanas:*

Deseo, en primer lugar, expresar mi gratitud a la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en especial al Sr. Cardenal Ortega, por su invitación y acogida.

El Santo Padre Francisco me ha encomendado presidir la Congregación para el Clero. Por eso, quiero tener un saludo muy cordial para todos y cada uno de los sacerdotes y diáconos que, con perseverante tesón, sirven al pueblo cubano.

**Dice Jesús: "Yo soy el Buen Pastor, nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente" (Jn 10,18)**

En este cuarto Domingo de Pascua, Jesús se presenta como "Buen Pastor". El termino griego "bueno" (kalos) en este contexto significa verdadero, creíble. Es decir, Jesús es presentado por el Evangelista San Juan como el "Pastor verdadero, creíble". Pero, ¿cómo se puede identificar un pastor verdadero? Hoy la Palabra de Dios nos brinda cuatro criterios:

1) **Primero:** Un Pastor verdadero es aquel que tiene una motivación de vida clara: regalar su propia vida por las ovejas: "*El buen pastor da la vida por sus ovejas*" (Jn 10,11). La motivación de los buenos pastores no es la motivación de asalariados. El Buen Pastor se interesa por las ovejas hasta dar su propia vida. El asalariado no tiene ningún interés por las ovejas. Sólo tiene una motivación: el interés personal, que se expresa de muchas formas: dinero, poder, status social, juegos sucios... El asalariado se olvida del cuidado y la defensa de las ovejas cuando ve otras oportunidades, cuando aparece el miedo o el protagonismo. El asalariado usa a las ovejas. El Buen Pastor sirve con amor a las ovejas, hasta dar la vida por ellas.

2) Un **segundo criterio:** un buen pastor conoce a sus ovejas, y ellas le conocen. "*Yo soy el Buen Pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen, lo mismo que mi Padre me conoce y yo le conozco a Él*" (Jn 10,14-15). Un buen pastor conoce a las ovejas, porque está con ellas, porque "huele a oveja". Cuando los pastores nos encerramos en nosotros mismos y no salimos al encuentro con las ovejas, nos perdemos lo mejor de nuestro ministerio, lo mejor de nuestro pueblo, y crece la tristeza en el corazón.

Así nos lo enseñó el Papa Francisco en su primera Misa crismal como Obispo de Roma. Así nos lo enseña cuando lo vemos disfrutar, acercándose a su pueblo, hablando con cada persona, abrazando a los más pequeños y débiles. Un buen pastor es aquel que establece relaciones de confianza, no contaminadas por el miedo, el autoritarismo o la desconfianza. Un buen pastor no ve al otro como enemigo, sino que como un hermano. Este segundo criterio es una clara invitación a que los pastores conozcan a cada persona y la respeten por lo que son, y no según criterios personales de cada pastor. Un buen pastor, o un buen gobernante o padre o educador, no es un frío funcionario administrativo, sino que toma en serio a cada persona, dedica tiempo a escucharla, abre espacios de participación para ellos, no los cierra, ni los manipula. Debemos esforzarnos por conocer a las personas en su profundidad sagrada y acompañarlas en su camino de fe. El juicio sobre una persona no es la primera palabra que pronuncia un Pastor, sino una palabra de acogida, de bienvenida, de familiaridad. ¡Ay de aquellos pastores que miran la mota en el ojo ajeno y no advierten la viga en el suyo! (cf. Lc 7,41).

3) Un **tercer criterio** es que un pastor verdadero se siente “misionero” para los más alejados y busca la unidad en la diversidad: *“Tengo otras ovejas que no están en este redil que tengo que atraer para que formen un solo rebaño bajo un solo pastor”* (Jn 10, 16). El Buen Pastor, como Jesús, muestra su deseo de que todos escuchen su voz y se forme “un solo rebaño y un solo pastor”. Toda comunidad cristiana necesita un clima de fraternidad y corresponsabilidad, para que sea posible la vida de fe de sus miembros y también para que sea eficaz su tarea misionera hacia fuera. Por eso, un buen pastor se interesa también por “las otras ovejas” y hace de su rebaño una comunidad preocupada por los alejados, por los que viven en cualquier periferia. Un pastor creíble es aquel que se siente misionero y abierto también para con los más alejados. El pastor verdadero es aquel que reúne en la unidad la pluralidad de los carismas y vocaciones, sin excluir a nadie. El Papa Francisco nos recuerda constantemente la necesidad de ser misioneros, de llevar el Evangelio a todos. Y se pregunta: “¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados” (EG 48).

4) Por último, la segunda lectura de la Primera Carta de San Juan nos ofrece el **último criterio** para reconocer un Buen Pastor. Un pastor creíble es aquel que se sabe necesitado de ahondar en la gracia de ser hijo de Dios, de sentirse sostenido por Dios. El Buen Pastor se sabe frágil y vulnerable, pero consciente de que su fortaleza no se encuentra en su voluntad o en su energía, sino en la capacidad de sentirse amado gratuitamente por Dios. El Buen Pastor “no puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto — como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él

mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34)” (DCE 7).

Por todo ello, el Buen Pastor por excelencia es Jesús. Él nos habla y nos alimenta en esta Eucaristía. La Eucaristía es el momento privilegiado en el que nosotros, seguidores de Jesús, “escuchamos su voz”, la Palabra de Dios que intentamos vivir cada día. En la Eucaristía nos alimentamos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. En estos dones, el Buen Pastor nos regala su propia vida, su propia persona. Y en la Eucaristía pedimos, como fruto de este sacramento, que el Espíritu nos vaya edificando en la unidad a los que creemos en Cristo y le recibimos en la Comunión.

Queridos hermanos y hermanas, haremos bien en examinarnos si somos “buenas ovejas”, buenos seguidores de Cristo Jesús, con una relación personal con él tan vital que también nosotros nos convirtamos en “buenos pastores” de nuestros hermanos, especialmente de los más pequeños y de los que más sufren.

### **La Voz de Dios son latidos de cambio**

La Iglesia celebra hoy también el día de las vocaciones. La vocación es un misterio en el que se escucha la voz de Dios. La voz de Dios resuena y se escucha en el interior de la persona. Una voz que, en ocasiones, suscita dudas, miedos, inseguridades, vergüenza... Una voz inquietante, insistente. Una voz que no tiene palabras, sino latidos de conversión y de entrega, de sentido de vida, ansias de felicidad... Esta voz misteriosa no puede ser acallada cuando es verdadera, hay que darle salida.

El fundador de la nacionalidad cubana, el pastor que "nos enseñó en pensar primero", el Venerable Padre Félix Varela, escuchó esa Voz, le respondió con valentía y coherencia y por su vocación sacerdotal se puso al servicio de una masa que convirtió en pueblo, de una bella Isla que ayudó a convertir en Nación, de unas costumbres que convirtió en cultura, sembrando virtudes para fundar la Patria, en fin, cultivando la verdadera religión, sin la cual "nada alimenta la virtud", según lo expresó su seguidor, José Martí.

Es por ello que debemos rogar insistentemente para que la causa de beatificación del siervo de Dios Venerable Padre Varela lo eleve pronto a los altares de nuestras iglesias, como hace siglos está ya en el altar sagrado de la Patria.

¡Madre de la Caridad, ayuda a este pueblo bendito de Cuba a descubrir que la única voz verdadera y llena de felicidad es la voz de Tu Hijo Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas! Amén.

## ESPIRITUALIDAD Y SERVICIO

*Seminario diocesano de La Habana  
Dom. 26 de Abril de 2015, h. 16:00*

Las comunidades cristianas del tiempo del Nuevo Testamento ya experimentaban una dificultad para la elección de los ministros. Algunos de ellos, como sigue ocurriendo hoy, tenían ambición de ocupar los primeros puestos (Cf. Mt 28, 20-28); otros, se comportaban indignamente en medio del pueblo de Dios (Cf. 1Pe 5, 1-5). Nos interesa constatar esta realidad para identificar las motivaciones que con frecuencia permanecen en el fondo del corazón de los ministros de la Iglesia.

En el texto de Mateo dice la madre de los Zebedeos: *Dispón que cuando tú seas rey estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda* (21). Y más adelante, comenta el evangelista: *Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos* (24). Finalmente, Jesús comenta: *Sabéis que los jefes de las naciones los tiranizan y que los grandes los oprimen* (25). San Pedro, escribe a los pastores haciendo constataciones semejantes: por desgracia existen ministros en la comunidad que cuidan al rebaño *por obligación, para sacar dinero, tiranizando a quienes les han sido confiados* (1Pe 5, 2).

En el fondo de esta situación hay una profunda falta de espiritualidad. Efectivamente, cuando el pastor descuida su vida espiritual brotan las malas hierbas de la ambición, la envidia, la arrogancia, la vanagloria, la mezquindad... Los pastores siempre estamos en riesgo de permitir que el hermoso jardín de nuestra vocación aloje estas malas hierbas. Nos ocurre a los cardenales y a los obispos, a los sacerdotes y a los formadores, también a los seminaristas. Porque ocupar los primeros puestos es algo delicado y nuestra vocación es un bien frágil que requiere cuidados.

Jesús propone un estilo distinto para quienes ocupan los primeros puestos. La fórmula: *beber el cáliz que yo he de beber* (Mt 20, 22) expresa una profunda vinculación del ministro con la persona de Jesús. El objetivo no consiste en buscar privilegios, sino en compartir su suerte. El evangelista propone a quienes ocuparán los primeros puestos la configuración con Cristo: *ser siervos y esclavos a ejemplo del Hijo del hombre que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por todos* (Mt 20, 27-28). Aquí podemos encontrar la base de la **espiritualidad sacerdotal**. No es fácil vivir este camino de amor incondicional al Señor, de identificación con su suerte y de imitación de sus ejemplos, pero éste es el estilo propio del pastor. Tal estilo viene definido en dos palabras: humilde servicio, humilde como el que corresponde a siervos y esclavos. Otros comportamientos se pueden designar como “mundanos” porque corresponden a *los jefes de las naciones* (Mt 20, 25), pero no a los pastores de la Iglesia.

Algo similar ocurre con el texto de la primera carta de Pedro. El Apóstol pide a los pastores que cuiden al pueblo de Dios: *de buena gana, con generosidad, siendo modelos del rebaño* (1Pe 5, 3-4). Se trata de un camino de identificación con Cristo: *Así, cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona perenne de la gloria* (1Pe 5, 4). Pedro habla a los pastores en calidad de *testigo de la pasión del Mesías* (1Pe 5, 1). Otros estilos de conducción del rebaño son ajenos a la auténtica espiritualidad.

Quiero representar la vocación sacerdotal con la imagen de un jardín, con el fin de describir con más detalle el vínculo existente entre espiritualidad y servicio evangélico. Podemos encontrar el jardín en dos situaciones. Invito a cada uno de los presentes a preguntarse cuál es el estado de su jardín interior, esto es, de su vocación al ministerio sacerdotal.

### **Un jardín abandonado.**

En el jardín abandonado crecen los matorrales. Decía anteriormente que la vocación es un bien frágil. En cuanto falta a un sacerdote o a un seminarista el alimento espiritual cotidiano brotan en su corazón las malas hierbas: deseos de poseer cosas materiales, distracciones, ambición de poder, compensaciones afectivas, sentimientos de soledad y abandono, confrontaciones inútiles con la autoridad, resentimientos... La lista de estos yerbajos es interminable. Su servidor la conoce bien porque revisa continuamente expedientes de dispensa de los compromisos sacerdotales en la Congregación para el Clero. En la mayor parte de los casos de dispensa se constata cierto abandono de la oración y una ausencia grande de acompañamiento.

Un jardín abandonado es presa de la confusión. Las malas hierbas han crecido de tal manera que ya no se distinguen con claridad los contornos del jardín. Se trata de plantas invasivas, demasiado agrestes. Las malas hierbas tienen un efecto devastador porque consumen la tierra, dando como resultado final la desertización. Les llamamos «hierbas malas» porque no producen sino esterilidad y muerte. Cuando se transforman en matorrales se convierten en refugio de todo tipo de alimañas.

Como en aquella viña amada de Dios (Cf. Is 5, 1-7), en el jardín de la espiritualidad sacerdotal el Señor ha sembrado plantas preciosas: la Palabra de Dios, los sacramentos, la comunión con la Iglesia, la intercesión por el pueblo de Dios, la devoción mariana, el sentido social de la fe. Estas plantas requieren en un clima de silencio y de apertura al Espíritu del Señor para desarrollarse como conviene. Si carece del necesario cuidado, tal jardín se transformará en un desierto. Podemos poner en juego toda la vida o ir al otro lado del mundo para evangelizar, pero si falta la vida espiritual todos los esfuerzos serán en vano. Finalmente brotarán las hierbas malas que oscurecen y opacan la misión sacerdotal.

### **Un jardín bien atendido.**

Cuando un jardinero cuidadoso arranca sistemáticamente las malas hierbas, riega abundantemente y poda las plantas en el momento oportuno, hace brillar la belleza y



la armonía del jardín, el cual crece sin que él sepa cómo (Mc 4, 26-34). De la misma manera, cuando en la vida espiritual de un sacerdote o de un seminarista abunda el don de la gracia, brotan en su interior los frutos del Espíritu: la generosidad en la misión, el ejemplo de vida, la comunión con el presbiterio, el obispo y todos los fieles, la gratuidad, la alegría, la amabilidad para con todos, la disponibilidad, la solidaridad con los pobres, la atención personalizada. Como es agradable la vista de un hermoso jardín, así el pueblo de Dios recibe una gran consolación al constatar estos frutos.

Entre la frutos de la vida espiritual de los sacerdotes hay una perla preciosa que es subrayada por san Mateo en el texto al que me he referido: **el servicio evangélico**. No se trata de una mera actitud de servicio, sino de seguir el modelo de Cristo, que se hace siervo y esclavo, dando la vida para la redención de todos. Este es el criterio fundamental para el discernimiento de todas las vocaciones y de un modo específico de la vocación sacerdotal. El ministerio sacerdotal no se prepara en base a un maquillaje superficial. No se trata sólo de representar bien un papel, ni siquiera de hacerlo con eficacia. Consiste más bien en vivir la caridad pastoral. Por eso la *Presbyterorum Ordinis* se refiere continuamente a la vida y ministerio de los sacerdotes. La caridad pastoral brota de lo profundo y sólo se puede comprender como un don de Dios.

Si intento sintetizar lo que he dicho hasta ahora, elegiría dos rasgos esenciales: **espiritualidad sacerdotal y servicio evangélico**. Pero ¿Cómo se desarrollan estos rasgos esenciales a través del proceso formativo? Es una pregunta importante para todos ustedes que están comprometidos en el proyecto formativo. La primera respuesta brota espontánea: no es fácil. Se requiere un proceso gradual y una maduración personal que lleva tiempo. Para ello está establecido un prolongado proceso formativo. Veamos un poco en qué consiste este proceso.

En un **primer momento** es necesaria una **labor de limpieza**. Se puede identificar este momento con el Curso Propedéutico. El terreno de la vida espiritual ha estado más o menos invadido por otros elementos: una serie de costumbres, las ideologías, las experiencias del pasado, las carencias que todos hemos experimentado en uno u otro sentido. Esta limpieza se hace al inicio de la formación. Como los discípulos de Jesús tenemos la necesidad de cambiar nuestra mentalidad, por ejemplo, dejar de pensar en vengarnos de los enemigos y comenzar a orar por ellos. Los seminaristas experimentan una gran novedad durante el primer año de formación: el silencio, los momentos de oración, la vida comunitaria, el deporte, el estudio cotidiano, la limpieza de la casa.. todo esto se debe aprender. Abandonar ciertas costumbres e **iniciarse en otras nuevas**. En eso consiste la espiritualidad. Todos hemos aprendido a comportarnos guiados por los principios de la fe y ya no por aquello que era costumbre.

Un fruto muy especial del primer año de formación consiste en abandonar la perspectiva de la comodidad para permanecer **disponibles para el servicio**. Es típico que los seminaristas aprenden a aprovechar el tiempo y a servir a la comunidad y a

cada uno de sus miembros con alegría. Para ello se han distanciado del mundo, de todo aquello que era parte de su vida, y han estrenado un nuevo espacio formativo.

El **segundo momento** supone un paso de maduración en la vida discipular. Podemos identificarlo con la etapa filosófica. La espiritualidad se edifica ahora por medio de la **adquisición de hábitos**. Son hábitos que se establecen para siempre, y en este sentido comenzamos ya a utilizar el lenguaje de lo definitivo. Por ejemplo, el hábito de hacer una lectura creyente de los acontecimientos, el hábito de la meditación de la Palabra de Dios, del examen de conciencia y de la devoción mariana. La vida espiritual va trazando un sendero que el seminarista recorre cotidianamente y es testimonio de su continuo encuentro con Dios. En este momento podemos decir que el Señor ocupa efectivamente el centro de la vida del candidato al sacerdocio. Estos hábitos bien establecidos crean el clima propicio para el adecuado discernimiento de la vocación.

Un fruto de este segundo momento formativo es el **servicio evangélico**. El seminarista no sólo ha aprendido a servir, sino que lo hace al estilo de Jesús, tal como aparece en el Evangelio: como siervo y esclavo. Hemos aprendido a imitar a Jesús externamente, en su capacidad de escucha, su ternura hacia los pobres, su total disponibilidad. Pero más profundamente hemos aprendido a contemplar su corazón misericordioso, revelación del corazón del Padre. La caridad llega a ser la motivación profunda de todas nuestras actitudes prácticas de servicio.

El **tercer momento** es ya muy cercano a la espiritualidad sacerdotal. Los seminaristas de la etapa teológica deben comportarse ya como si fuesen sacerdotes. Manteniendo los hábitos que se establecieron durante la etapa anterior, ahora desarrollan las **virtudes y actitudes sacerdotales**. Esto es, todo aquello que expresa la identidad de un ministro del Evangelio.

En un discurso a los párrocos de Roma, el Papa Francisco describe estas virtudes y actitudes sacerdotales entre las que destaca el servicio: *Preguntémonos qué significa la misericordia para un sacerdote, permítanme hablar para nosotros, para nosotros, sacerdotes. Los sacerdotes se conmueven ante las ovejas, como Jesús, cuando veía a la gente cansada y desanimada, como ovejas sin pastor. Jesús tiene la interioridad de Dios. El profeta Isaías lo repite: está lleno de ternura hacia la gente, especialmente hacia quienes son excluidos, es decir, hacia los pecadores y los enfermos a quienes nadie pone atención. Así, a imagen del Buen Pastor, el sacerdote es el hombre de la misericordia y de la compasión, cercano a su gente y servidor de todos. Este es un criterio pastoral que deseo subrayar: la cercanía. La proximidad y el servicio, más que la proximidad, la cercanía. Quien se encuentre herido en la propia vida, de cualquier modo, puede encontrar en él atención y escucha... En particular el sacerdote muestra un corazón misericordioso en la administración del sacramento de la reconciliación; lo muestra con todo su comportamiento, en el modo de acoger, de escuchar, de aconsejar, de absolver.. Pero esto se funda en el modo como él mismo vive el sacramento en primera persona, en cómo se deja abrazar por Dios en*

*la confesión, y permanece en este abrazo... Si uno vive esta experiencia en el propio corazón, puede después donarlo a los demás en el ministerio*<sup>3</sup>.

Por supuesto hay que aprender a vivir la pobreza sacerdotal, la obediencia al Obispo y el celibato sacerdotal. Estos rasgos específicos de la vida presbiteral requieren un aprendizaje, una confrontación, y serán objeto de continuo desarrollo durante la formación permanente. Además es necesario aprender a comportarse como conviene para que el mensaje evangélico se transmita con nitidez. Todos hemos desarrollado capacidades preciosas, como la capacidad para consolar a los que sufren, la disponibilidad para acompañar a quien lo necesita, la delicadeza para animar al que pasa por un momento de desaliento, la claridad para confrontar, la discreción para guardar un secreto, el respeto a los superiores y el diálogo con ellos, la libertad para aceptar cualquier encargo pastoral, etc. Ante esta lista, que no es exhaustiva, se comprende que hay mucho que hacer en la formación sacerdotal. Las virtudes y actitudes sacerdotales, animadas por la caridad pastoral, son manifestaciones de la espiritualidad sacerdotal.

Una de estas manifestaciones es **el servicio sacerdotal**. Todos los cristianos están llamados a servir, pero el sacerdote hace de sus actitudes de servicio un símbolo para el pueblo de Dios. Él es como un molde que hace cristianos y por ello debe ofrecer el ejemplo de su propia vida. ¡Qué alegría experimentan los buenos cristianos cuando contemplan a sus sacerdotes entregados al servicio! ¡Cuánto bien hace a cada uno de ellos nuestra amable disposición para servirles! Ellos saben descifrar con los ojos del Espíritu nuestra caridad pastoral. El servicio sacerdotal es un punto importante para el discernimiento para el proceso de órdenes. Hemos de convencernos de que estamos para servir.

Aún existe una cuarta etapa. Podemos llamarla **diaconal** porque un tiempo largo de esta etapa viene ocupado por el diaconado transitorio. Es el tiempo que va del final de la estancia en el seminario a la ordenación presbiteral. En el diaconado brillan de un modo especial los dos puntos que he señalado: la espiritualidad, pues el diácono es un ministro del altar a quien se entregan las especies eucarísticas, y el servicio, nota característica de los diáconos que permanecerá a lo largo de la vida sacerdotal. El diaconado expresa maravillosamente que hemos sido destinados al servicio, que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que estamos a disposición del pueblo de Dios.

Es mi deseo dejar a todos ustedes un mensaje claro: espiritualidad y servicio son dos elementos correlativos y necesarios en la vida sacerdotal. Les invito a crecer gradualmente en estos valores profundos de la fe aprovechando bien los cortos años de la formación en el seminario. Les invito a dibujar una mística en la comunidad formativa, desde la cual todos trabajen con verdadera entrega en su vida espiritual y se preparen para el servicio con auténtica caridad pastoral.

---

<sup>3</sup> Francisco, Discurso a los párrocos de Roma (6 mar 2014).

**LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL SEGÚN EL PAPA FRANCISCO**  
*Encuentro con el Clero de la Provincia Eclesiástica de La Habana, Cuba*  
Lunes 27 de Abril de 2015, h. 9:30

Emmo. Sr. Cardenal, arzobispo de La Habana:  
Sres. Obispos de las diócesis sufragáneas:  
Sres. Obispos auxiliares y Sr. Obispo emérito de Pinar del Río:  
Queridos sacerdotes y diáconos:

La Providencia de Dios me ha permitido regresar a esta amada tierra, físicamente, porque mi corazón, mi mente y mis plegarias, siempre han estado aquí.

Les agradezco su presencia en este encuentro, la cual es para mí un estímulo para seguir adelante, sirviendo al Santo Padre como Prefecto de la Congregación para el Clero. Ustedes, queridos sacerdotes, son el motivo de mis plegarias, jornadas de trabajo, preocupaciones y a veces hasta desvelos, por la tarea que se me ha encomendado.

Ustedes, quizá los más antiguos, saben que esa ha sido una de mis preocupaciones permanentes desde que estuve aquí en Cuba como Nuncio de Su Santidad. Es inolvidable para mí aquella tan anhelada y preparada visita del Papa San Juan Pablo II. El camino que inició el venerado Papa, hoy, con la paciencia histórica de Dios, se va ensanchando. Me alegro por ello.

También me alegra poder compartir este momento con ustedes, en el cual tendremos la oportunidad de reflexionar acerca de la espiritualidad presbiteral según el Papa Francisco; para ello nos dejaremos guiar por sus palabras, discursos y mensajes que en diversas ocasiones ha dirigido a los sacerdotes.

Deseo presentar esta reflexión con base en tres palabras: *discípulo*, *pastor* y *profeta*. Todo sacerdote para vivir auténticamente su vocación está llamado a ser discípulo, pastor y profeta. Veamos cada una de estas tres palabras.

### ***El sacerdote, discípulo de Cristo***

La llamada que en otro tiempo Jesús hizo a sus discípulos, hoy se sigue repitiendo: “y les dijo: *venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*” (Mt 4,19); “*después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar*” (Mc 3, 13-14). Jesús nos sigue llamando y antes de enviarnos quiere que estemos con Él y lo sigamos. Quien

está con Jesús y lo sigue es un discípulo. Todo bautizado está llamado a estar con Jesús y seguirlo.

Nosotros, sacerdotes, por la ordenación sacerdotal no hemos perdido la vocación bautismal, al contrario, la hemos reforzado, por lo tanto estamos llamados a seguir trabajando en nuestra vocación cristiana, para ser auténticos discípulos del Señor. Si como sacerdote debo preocuparme por la salvación de los otros, no puedo descuidar mi propia salvación, como nos lo recuerda san Pablo cuando dice que no sea que por procurar salvar a otros yo mismo me condene (Cfr. 1 Cor 9, 27).

También podríamos recordar la célebre frase de san Agustín: “Mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, *soy cristiano con vosotros*. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda una salvación” (Sermón 340,1). Presbítero y discípulo forman un binomio, que a cambio de dividirnos ha de constituirse en una unidad que nos integra para dar una auténtica respuesta a la llamada que Dios quiso hacernos, pues a mayor santidad del discípulo, mejor servicio sacerdotal, o en sentido negativo: a menor santidad del discípulo, peor servicio sacerdotal. Donde hay buenos discípulos del Señor allí hay buenos y santos sacerdotes.

El Papa Francisco en su discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero, el pasado 3 de octubre, refiriéndose a la formación sacerdotal, nos decía: “Jesús no dijo a quienes llamaba: «ven, te explico», «sígueme, te enseño»: ¡no!; la formación que Cristo ofrece a sus discípulos se realiza, por el contrario, a través de un «ven y sígueme», «haz como yo hago», y este es el método que también hoy la Iglesia quiere adoptar para sus ministros. La formación de la que hablamos es una *experiencia discipular*, que acerca a Cristo y permite configurarse cada vez más con Él. Precisamente por eso, ella no puede ser una tarea que se termina, porque *los sacerdotes jamás dejan de ser discípulos de Jesús*, de seguirlo”.

Ser discípulo de Jesús nos compromete en todas las dimensiones de nuestra persona y en todos los momentos de nuestra vida. Al respecto, el Papa continúa diciéndonos: “Por lo tanto, la formación en cuanto discipulado acompaña *toda la vida del ministro ordenado y concierne totalmente a su persona*, intelectual, humana y espiritualmente. La formación inicial y la permanente se distinguen porque requieren modalidades y tiempos diversos, pero son las dos mitades de una misma realidad, la vida del discípulo clérigo, enamorado de su Señor y constantemente en su seguimiento”.

Y cuando el Papa nos habla, no lo hace desde un ideal difícil de alcanzar, sino que parte desde una realidad humana y concreta que caracteriza a todo hombre y a todo cristiano, sin desconocer los momentos de consolación y de desolación, de luz y de sombra, de gracia y de pecado: “A veces avanzamos rápidamente, otras veces nuestro paso es incierto, nos detenemos y podemos también caer, pero siempre permaneciendo en el camino”. Algo importante en nuestra vocación de discípulos es

no dejar de caminar, a pesar de las caídas, siendo capaces de levantarnos y de seguir adelante, dando *siempre un paso a la vez*, y un paso que sea acorde con las propias capacidades, como dicen algunos proverbios: “Nunca dar un paso más largo que la pierna”, pues “el que mucho abarca, poco aprieta” o “mas vale pájaro en mano que cien volando”.

No podemos creernos ya salvados, ya perfectos o convertidos, siempre habrá algo por mejorar, algo que cambiar. El Papa nos advierte de la enfermedad del alzheimer espiritual: “También existe la enfermedad del «*Alzheimer espiritual*», es decir, el olvido de la «historia de la salvación», de la historia personal con el Señor, del «primer amor» (Ap 2,4). Es una disminución progresiva de las facultades espirituales que, en un período de tiempo más largo o más corto, causa una grave discapacidad de la persona, por lo que se hace incapaz de llevar a cabo cualquier actividad autónoma, viviendo un estado de dependencia absoluta de su manera de ver, a menudo imaginaria. Lo vemos en los que han perdido el recuerdo de su encuentro con el Señor; en los que no tienen sentido «deuteronomico» de la vida; en los que dependen completamente de su presente, de sus pasiones, caprichos y manías; en los que construyen muros y costumbres en torno a sí, haciéndose cada vez más esclavos de los ídolos que han fraguado con sus propias manos” (Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014).

Necesitamos *volver al primer amor*, al primer sí que le dimos al Señor cuando Él nos llamó a seguirlo. Se trata de un Sí que debemos repetir cada día con nuestros labios, con el corazón y con nuestras pequeñas acciones de cada día, mediante la oración personal diaria, el rezo de la liturgia de las horas, la celebración de la Eucaristía como si fuera la primera, como si fuera la última, como si fuera la única; el trato cercano con María, quien como buena madre nos ayuda a formar día a día la imagen de su Hijo en nuestra persona, la cercanía al sacramento de la confesión y a la dirección espiritual, el contacto personal con la Palabra de Dios, la practica de la misericordia y de la caridad, la atención especial a los mas necesitados; son medios que nos ayudan a crecer como discípulos del Señor.

Acerca de la oración del discípulo, el Papa nos exhorta a vivir cada día largos momentos de **oración**, recordándonos cómo Jesús mismo se retiraba en el silencio y la soledad para adentrarse en el misterio de su Padre. “También vosotros, en la oración es donde volvéis a encontrar la presencia amorosa del Señor y donde os dejáis transformar por Él, sin tener miedo al desierto que ella implica, a la noche que habitualmente la caracteriza. También Moisés entró en la oscuridad de la nube para hablar con Dios en la humildad, como un amigo habla con su amigo. Que vuestra oración sea una llamada al Espíritu. Es Él quien edifica la Iglesia, quien guía a los discípulos e infunde la caridad pastoral. Con el poder del Espíritu es como alcanzaréis a aquellos a quienes seréis enviados, con la consciencia de que esperan que vosotros seáis testigos de Jesús, «hombres de Dios», a fin de que los llevéis al Padre. Los discípulos rezan con María, esperando al Espíritu Santo. Vosotros habéis

sido llamados por Jesús que quiere haceros participar en su sacerdocio para la vida del mundo. En la base de vuestra formación está la Palabra de Dios, que os penetra, os alimenta, os ilumina. Al rezar con ella, todo lo que aprendéis toma vida en la oración” (Mensaje del Santo Padre Francisco a los Seminaristas Franceses con motivo de su reunión en el Santuario Mariano de Lourdes, 8-10 de noviembre de 2014).

En este camino de discipulado presbiteral no estamos solos. Ante todo está Jesús que con su Gracia nos anima, nos sostiene y acompaña: “*Te basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad*” (2 Cor 12, 9). Nuestra tarea consiste en cooperar con la obra de Dios en cada uno de nosotros, de tal manera que su Gracia no sea en vano (Cfr. 1 Cor 15, 10) y no la echemos en saco roto (Cfr. 2 Cor 6, 1).

También en este camino discipular nos acompañan nuestros hermanos sacerdotes, familias, laicos, obispos. Que importante es caminar juntos en esta vocación discipular sacerdotal. El Papa nos invita a saber cultivar buenas relaciones con nuestros hermanos sacerdotes que nos ayuden en nuestra vocación: “La **amistad sacerdotal**: esto es un tesoro, un tesoro que se debe cultivar entre vosotros. La amistad sacerdotal. No todos pueden ser amigos íntimos. Pero qué hermosa es una amistad sacerdotal.

Cuando los sacerdotes, como dos hermanos, tres hermanos, cuatro hermanos se conocen, hablan de sus problemas, de sus alegrías, de sus expectativas, tantas cosas... Amistad sacerdotal. Buscad esto, es importante. Ser amigos. Creo que esto ayuda mucho a vivir la vida sacerdotal, a vivir la vida espiritual, la vida apostólica, la vida comunitaria y también la vida intelectual: la amistad sacerdotal. Si me encontrase a un sacerdote que me dice: «Yo jamás he tenido un amigo», pensaría que este sacerdote no ha tenido una de las alegrías más hermosas de la vida sacerdotal, la amistad sacerdotal. Es lo que os deseo a vosotros. Os deseo que seáis amigos de quienes el Señor te pone delante para la amistad. Deseo esto en la vida. La amistad sacerdotal es una fuerza de perseverancia, de alegría apostólica, de valentía, también de sentido del humor. Es hermoso, hermosísimo. Esto es lo que pienso” (Dialogo con sacerdotes y seminaristas que estudian en Roma, 12 de mayo de 2014).

El mensaje que el Papa dirigió a los seminaristas de Francia, reunidos en Lourdes, del 8 al 10 de noviembre del año pasado, nos cae muy bien a nosotros sacerdotes, cuando les hablaba de la fraternidad: “La **fraternidad** de los discípulos, la que expresa la unidad de los corazones, forma parte de la llamada que habéis recibido. El ministerio presbiteral no puede en ningún caso ser individual, y menos aún individualista. En el seminario, vivís juntos para aprender a conoceros, apreciaros, sosteneros, a veces también a soportaros, con el fin de vivir juntos la misión y dar ese testimonio del amor, gracias al cual se reconocen los discípulos de Jesús. Es importante realizar esta opción personal y definitiva de una verdadera entrega de sí a Dios y a los demás. Os invito, por lo tanto, a aceptar este aprendizaje de la fraternidad, poniendo en ello todo vuestro entusiasmo; creceréis en la caridad y construiréis la unidad tomando las

iniciativas que el Espíritu Santo os inspirará. Podréis crear así los medios más adecuados para vivir en verdad la fraternidad sacerdotal cuando seréis ordenados” (Mensaje del Santo Padre Francisco a los Seminaristas Franceses con motivo de su reunión en el Santuario Mariano de Lourdes, 8-10 de noviembre de 2014).

Los laicos también son nuestros hermanos de camino en nuestro seguimiento al Señor. Ellos nos animan con su testimonio y su cooperación, con su oración y a veces con sus correcciones. Necesitamos escucharlos, es mucho lo que podemos aprender de ellos, no somos más que ellos; así como ellos necesitan de nosotros, nosotros necesitamos de ellos. Caminando juntos con nuestros hermanos laicos, daremos una mejor respuesta al Señor como discípulos. Nadie se salva solo, nos salvamos en comunidad. El individualismo se ha convertido en una enfermedad que daña a la persona humana, al cristiano y al sacerdote, quienes somos llamados a ser hombres de **comunión**.

El Papa se refiere a esta enfermedad, como el mal de una *falta de coordinación*: “Cuando los miembros pierden la comunión entre ellos, el cuerpo pierde su armoniosa funcionalidad y su templanza, convirtiéndose en una orquesta que produce ruido, porque sus miembros no cooperan y no viven el espíritu de comunión y de equipo. Como cuando el pie dice al brazo: «No te necesito», o la mano a la cabeza: «Yo soy la que mando», causando así malestar y escándalo” (Discurso Del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014).

Ya para finalizar esta primera parte del discípulo y antes de entrar en la segunda palabra, la del pastor, quisiera recordar que para ser un buen pastor se necesita antes *ser una buena oveja*. Si no se aprende a ser buena oveja difícilmente se llega a ser buen pastor. Trabajemos por ser buenas ovejas que sepan escuchar la voz de nuestro Pastor y distinguirla de otras voces, que a veces se hacen presentes para confundirnos y desviarnos del camino discipular. Seamos ovejas dóciles y obedientes. Obedezcamos al Señor a través de la Iglesia, en la persona del Obispo. Se trata de una obediencia que no consiste solamente en aceptar un traslado o un nuevo encargo, sino también en ser obedientes desde los pequeños llamados que Dios, la gente o el Obispo nos hacen cada día, como por ejemplo: estar disponibles a escuchar a alguien que viene a desahogarse, o participar en la reunión a la cual el obispo nos invita, o en seguir un plan de pastoral trazado para la diócesis, etc.; que nuestro alimento como el de Jesús no sea hacer nuestra voluntad sino la de Aquel que nos envía (Cfr. Jn 4, 31-34).

## **El presbítero pastor**

Son innumerables las palabras y las imágenes que podemos tomar del Papa Francisco, cuando se refiere a los pastores. Solamente quisiera detenerme en dos palabras que me parecen centrales en su mensaje: la **cercanía** y la **misericordia**.



**La cercanía del pastor.** En Jesús contemplamos al Pastor cercano a su rebaño que no tiene problema de tocar y dejarse tocar por la gente, por ejemplo cuando toca a los enfermos que sana (Cfr. Mc 5,25-27), a los leprosos que limpia (Cfr. Mc 1, 40-42), a los muertos que resucita (Cfr. Mc 5, 41), a los pecadores que perdona (Cfr. Jn 8, 11), a los ciegos a quienes les da la vista (Cfr. Mc 8,23-25), a los niños que bendice (Cfr. Mc 10,13.16), a los afligidos que consuela (Cfr. Lc 7, 13-14).

Hoy Jesús sigue caminando con nosotros y se hace cercano: “El amor de Dios se muestra en la figura del pastor. Jesús nos dice: «Yo conozco a mis ovejas». Es conocer una por una, con su nombre. Así nos conoce Dios: no nos conoce en grupo, sino uno a uno. Porque el amor no es un amor abstracto, o general para todos; es un amor por cada uno. Y así nos ama Dios. Y todo esto se traduce en cercanía. Dios se hace cercano por amor y camina con su pueblo. Y este caminar llega a un punto inimaginable: jamás se podría pensar que el Señor mismo se hace uno de nosotros y camina con nosotros, y permanece con nosotros, permanece en su Iglesia, se queda en la Eucaristía, se queda en su Palabra, se queda en los pobres y se queda con nosotros caminando. Esta es la cercanía. El pastor cercano a su rebaño, a sus ovejas, a las que conoce una por una” (Homilía en casa Santa Martha, 7 de junio de 2013).

Como pastores estamos llamados a transmitir y comunicar la cercanía de Jesús, el Buen Pastor, con los más necesitados, con los que han perdido su fe, con los pobres, los niños y los ancianos, con las familias y los jóvenes. El Papa en *Evangelii Gaudium*, nos recuerda este deber de la *proximidad* al hermano: “En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro. Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana. Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad” (Evangelii Gaudium, 24 de noviembre de 2013, n.160-170).

El presbítero pastor, cercano a sus ovejas, caminará con ellas *delante*, en *medio* y *detrás* de ellas, “a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos” (Evangelii Gaudium, 24 de noviembre de 2013, n. 31).

Cuando el pastor se aleja de sus ovejas, nos recuerda el Papa, puede enfermarse de *esquizofrenia existencial*: “Es la enfermedad de quien tiene una doble vida, fruto de la hipocresía típica de los mediocres y del progresivo vacío espiritual, que grados o títulos académicos no pueden colmar. Es una enfermedad que afecta a menudo a

quien, abandonando el servicio pastoral, se limita a los asuntos burocráticos, perdiendo así el contacto con la realidad, con las personas concretas.

De este modo, crea su mundo paralelo, donde deja de lado todo lo que enseña severamente a los demás y comienza a vivir una vida oculta y con frecuencia disoluta. Para este mal gravísimo, la conversión es más bien urgente e indispensable (cf. Lc 15,11-32)” (Discurso Del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014).

***La misericordia del Pastor.*** La cercanía de Jesús a sus ovejas se traduce en misericordia. Ser un pastor misericordioso es tener un corazón que se compadece de las miserias de sus ovejas. El Papa nos dice: “La misericordia de Jesús no es sólo un sentimiento, ¡es una fuerza que da vida, que resucita al hombre! Nos lo dice también el Evangelio [de hoy], en el episodio de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17). Jesús, con sus discípulos, está llegando precisamente a Naín, un poblado de Galilea, justo en el momento que tiene lugar un funeral: llevan a sepultar a un joven, hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fija inmediatamente en la madre que llora. Dice el evangelista Lucas: «Al verla el Señor, se compadeció de ella» (v. 13). Esta «compasión» es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, es decir, la actitud de Dios en contacto con la miseria humana, con nuestra indigencia, nuestro sufrimiento, nuestra angustia. El término bíblico «compasión» remite a las entrañas maternas: la madre, en efecto, experimenta una reacción que le es propia ante el dolor de los hijos. Así nos ama Dios, dice la Escritura.. El Señor nos mira siempre con misericordia; no lo olvidemos, nos mira siempre con misericordia, nos espera con misericordia. No tengamos miedo de acercarnos a Él. Tiene un corazón misericordioso. Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, Él siempre nos perdona. ¡Es todo misericordia! Vayamos a Jesús.” (Ángelus , 9 de junio de 2013).

Para que un pastor sea misericordioso y pueda sentir compasión por su pueblo necesita vivir dos actitudes concretas: la *empatía* y la *solicitud*. La empatía para poder salir de sí mismo, ponerse en el lugar del otro y experimentar su miseria, su fragilidad, su dolor. Y la solicitud, para que ante el corazón conmovido, no se quede cruzado de brazos sino que se mueva a hacer algo por esas ovejas que reclaman la presencia de un pastor misericordioso. Nuestro pueblo sufre y necesita de pastores misericordiosos. El Santo Padre cuando se conmovió ante el testimonio de sufrimiento que le expresó la pequeña Jun Chura en Manila, Filipinas, el 18 de enero de este año, nos da ejemplo de un pastor misericordioso. Ese día invitaba el Papa a los jóvenes a ser valientes y no tener miedo de llorar ante el sufrimiento de nuestros hermanos: “Jesús, en el Evangelio, lloró. Lloró por el amigo muerto. Lloró en su corazón por esa familia que había perdido a su hija. Lloró en su corazón cuando vio a esa pobre madre viuda que llevaba a enterrar a su hijo. Se conmovió y lloró en su corazón cuando vio a la multitud como ovejas sin pastor.

Si vos no aprendés a llorar, no sois un buen cristiano... Sean valientes. No tengan miedo a llorar” (Encuentro del Papa Francisco con los jóvenes de Filipinas, 18 de enero de 2015).

El Santo Padre en un reciente encuentro con sacerdotes, religiosas y religiosos de Nápoles, Italia, el 21 de marzo, los invitaba a no olvidar las *obras de misericordia*, a repasar en el catecismo las obras de misericordia espirituales y corporales y a ponerlas en práctica. La práctica de las obras de misericordia no es una actitud solo de las viejitas piadosas, sino también de sacerdotes y religiosos (Cfr. Encuentro con el clero, los religiosos y los diáconos permanentes, Nápoles, 21 de marzo de 2015).

Un sacerdote que no vive la misericordia se enferma, y según el Papa Francisco, esta enfermedad se llama “el mal de la «*petrificación*» *mental y espiritual*, es decir, el de aquellos que tienen un corazón de piedra y son «duros de cerviz» (Hch 7,51); de los que, a lo largo del camino, pierden la serenidad interior, la vivacidad y la audacia, y se esconden detrás de los papeles, convirtiéndose en «máquinas de legajos», en vez de en «hombres de Dios» (cf. Hb 3,12). Es peligroso perder la sensibilidad humana necesaria para hacernos llorar con los que lloran y alegrarnos con quienes se alegran. Es la enfermedad de quien pierde «los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5), porque su corazón, con el paso del tiempo, se endurece y se hace incapaz de amar incondicionalmente al Padre y al prójimo (cf. Mt 22,34-40). Ser cristiano, en efecto, significa tener «los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5), sentimientos de humildad y entrega, de desprendimiento y generosidad” (Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014).

El Papa Francisco nos recuerda que la misericordia va unida al *perdón*. Dios nos perdona porque es misericordioso. La misericordia con la cual Dios nos trata, nos anima a acercarnos a Él para pedirle perdón por nuestros pecados. El sacramento de la confesión es el sacramento de la misericordia, de ahí que los confesores estamos invitados a ser misericordiosos como el Padre es misericordioso (Lc 6, 36). Con el fin de que la Iglesia dé testimonio de esta misericordia de Dios, el Papa nos ha invitado, el pasado 13 de marzo a vivir una año santo extraordinario de la misericordia (Cfr. Homilía del Santo Padre Francisco en la celebración penitencial del 13 de marzo de 2015). Desde ya los invito, queridos sacerdotes, a preparar y vivir este año santo siendo auténticos pastores de la misericordia del Padre.

## **El presbítero profeta**

Definiendo en palabras sencillas la misión del profeta, ésta consiste en *anunciar* y *denunciar*. Anuncia la buena noticia, el Evangelio; y denuncia las injusticias, infidelidades, el mal, el pecado. Su tarea de anunciar se concretiza en saber hablar a los hombres, de Dios, no solo con sus palabras, sino también con sus gestos, actitudes, comportamientos, es decir que toda su persona sea un lenguaje que comunica un mensaje de Dios a los hombres. Pidamos esta gracia, de estar siempre hablando de Dios, en vez de estar ocupándonos en conversaciones banales, de las cuales el Papa Francisco nos alerta: “El mal de la cháchara, de la murmuración y del cotilleo. De

esta enfermedad ya he hablado muchas veces, pero nunca será bastante. Es una enfermedad grave, que tal vez comienza simplemente por charlar, pero que luego se va apoderando de la persona hasta convertirla en «sembradora de cizaña» (como Satanás), y muchas veces en «homicida a sangre fría» de la fama de sus propios colegas y hermanos. Es la enfermedad de los bellacos, que, no teniendo valor para hablar directamente, hablan a sus espaldas. San Pablo nos amonesta: «Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para ser irreprochables e inocentes» (cf. Flp 2,14-18). Hermanos, ¡guardémonos del terrorismo de las habladurías!» (Discurso Del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014). La charlatanería es un terrorismo porque destruye la fraternidad que debe existir entre los sacerdotes; un signo de que no hay fraternidad es la murmuración. Que haya diferencias, sí; pero éstas se deben tratar cara a cara, o cuando esto sea difícil con alguien que pueda ayudar a remediar la situación (Cfr. Encuentro con el clero, los religiosos y los diáconos permanentes, Nápoles, 21 de marzo de 2015).

Para ser profetas que no transmiten su propia palabra, sino palabras de Dios, se requiere de algo que ya mencionábamos dentro de las actitudes del discípulo, la *oración*, el trato íntimo con el Señor, poder escucharlo para saber qué es lo que por nuestro medio quiere comunicar a su pueblo. Un sacerdote que por estar ocupado en mil cosas no tiene tiempo para el Señor, es un enfermo, en palabras del Papa, de “*martalismo* (que viene de Marta), de la excesiva laboriosidad, es decir, el de aquellos enfrascados en el trabajo, dejando de lado, inevitablemente, «la mejor parte»: el estar sentados a los pies de Jesús (cf. Lc 10,38-42). Por eso, Jesús llamó a sus discípulos a «descansar un poco» (Mc 6,31), porque descuidar el necesario descanso conduce al estrés y la agitación. Un tiempo de reposo, para quien ha completado su misión, es necesario, obligado, y debe ser vivido en serio: en pasar algún tiempo con la familia y respetar las vacaciones como un momento de recarga espiritual y física; hay que aprender lo que enseña el Eclesiastés: «Todo tiene su tiempo, cada cosa su momento» (3,1)” (Discurso Del Santo Padre Francisco a la Curia Romana, Lunes 22 de diciembre de 2014).

Una pastoral que no tiene en cuenta el trato íntimo con el Señor es una pastoral vacía y estéril: “a veces parece que nos preocupa más multiplicar las actividades que estar **atentos a las personas y a su encuentro con Dios**. Una pastoral que no tiene esta atención, poco a poco se vuelve estéril. No nos olvidemos de hacer como Jesús con sus discípulos: después de que habían ido a las aldeas a llevar el anuncio del Evangelio, volvieron contentos por sus éxitos; pero Jesús los lleva aparte, a un lugar solitario, para estar un poco con ellos (cf. Mc 6, 31). Una pastoral sin **oración** y **contemplación** jamás podrá llegar al corazón de las personas. Se detendrá en la superficie y no dejará que la semilla de la palabra de Dios eche raíces, brote, crezca y dé fruto (cf. Mt 13, 1-23)” (Discurso Del Santo Padre Francisco a los Participantes en un Encuentro Organizado por El Consejo Pontificio Para la Promoción de la Nueva Evangelización, 19 de septiembre de 2014).

Para saber hablar a los hombres, de Dios, algo necesario e imprescindible es saber hablar a Dios de los hombres, orar por los fieles que nos son encomendados, saber entregar en la oración al comienzo de cada jornada a todas las personas con las cuales se vivirá y compartirá la jornada; y los mismo al final del día, saber colocar en las manos de Dios a todos los hermanos que se beneficiaron de nuestro servicio profético y pastoral a lo largo del día; “este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo” (2 Macabeos 15,14).

Para ser auténticos profetas y no falsos profetas (Cfr. Mt 7, 15) necesitamos trabajar cada día en nuestra propia *conversión*, como lo refería en la primera parte de esta charla, es decir en ser discípulos que siguen al Maestro desde las acciones mínimas de cada día, trabajando en nuestra configuración con el Maestro, en ser otros Cristos, hasta poder repetir como Pablo: “ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (Gl 2, 20). “El camino de la vida consagrada es seguir a Jesús, de la vida consagrada en general, incluso para los sacerdotes, es ir detrás de Jesús y tener el deseo de trabajar para el Señor. Para ello, *el centro de la vida debe ser Jesús...* Aquí veo seminaristas. Os digo una cosa: si no tenéis a Jesús en el centro, es mejor aplazar la ordenación. Si no estáis seguros de que Jesús es el centro de vuestra vida, es mejor esperar un poco más tiempo para estar seguros; porque de lo contrario, comenzareis un viaje que no sabéis cómo irá a terminar” (Encuentro con el clero, los religiosos y los diáconos permanentes, Nápoles, 21 de marzo de 2015).

Una actitud que debe acompañar a un profeta es la *valentía*, necesaria en los momentos de persecución y desprecio, pues a veces la voz del profeta resulta fastidiosa: “Acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada” (Sabiduría 2, 12). “También Jesús fue perseguido. Querían matarlo (Jn 7, 1-2.10.25-30). Él ciertamente sabía cuál sería su fin. Las persecuciones comienzan enseguida, cuando al inicio de su predicación regresa a su país, va a la sinagoga y predica. Entonces, inmediatamente después de una gran admiración, comienzan las murmuraciones, como refiere el Evangelio. El profeta lucha contra las personas que enjaulan al Espíritu Santo. Precisamente por esto siempre es perseguido ... Todas las personas que el Espíritu Santo elige para decir la verdad al pueblo de Dios sufren persecuciones” (Homilía en Casa Santa Martha, 4 de abril de 2014).

Una última recomendación, a la cual el Papa también nos invita: seamos *marianos*, tengamos en cuenta en nuestra vocación de discípulos, pastores y profetas la presencia de María. Ella nos acerca a Jesús y nos ayuda a que con nuestro testimonio y nuestro servicio podamos acercar a otros a su Hijo. La Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, interceda por ustedes, y por mí, para que seamos fieles a la llamada que Dios en su infinita misericordia nos ha hecho.

Que la intercesión del Venerable Padre Félix Varela, por cuya causa de beatificación rogamos continuamente, nos anime en nuestra vocación de discípulos, pastores y profetas en medio de este querido pueblo cubano. *Gracias.*